

MEDIATIZACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO Y CULTURA POLÍTICA

Dr. Francisco de Jesús Aceves González

Universidad de Guadalajara

fracegon@hotmail.com

Introducción

Aunque temas clásicos en el campo de las ciencias sociales y políticas, las discusiones en torno a la esfera pública y la cultura política han acusado un sensible crecimiento a la luz de la irrupción del fenómeno globalizador y su impacto en las transformaciones en el ámbito de las relaciones sociales.

Sin embargo, y a pesar de la indiscutible relación entre ambos temas, son relativamente escasos los trabajos que se orientan al análisis de las transformaciones que la globalización, específicamente aquella que se manifiesta en el campo de la cultura y cuyo soporte se expresa en el desarrollo impresionante de los medios de comunicación y la constitución de la red cibernética, ha generado en la configuración del espacio público y de manera más puntual, en la conformación de la cultura política.

El propósito de este trabajo consiste en avanzar en la reflexión acerca de las condiciones en que al amparo de la globalización se articulan ambos temas, con la pretensión de indagar la vigencia de sus enunciados clásicos, así como de apuntar, en términos muy concisos, aquellos desafíos que presenta su actual abordaje.

La mediatización del espacio público

A la visión habermasiana (1981), de profundo aliento crítico - utópico que demandaba la constitución de un espacio público alimentado por la racionalidad del debate y la consecuente

transformación de las instancias mediáticas que lo hagan posible, ha terminado por imponerse la cruda imagen que se desprende de la teoría del "espejo" de Luhmann (1993), donde los medios son, a la manera de un espejo bifronte y traslúcido, el espacio en el que, por un lado, confluyen y se observan a sí mismas las elites político - económicas, en su papel de fuentes de información y opinión, y por el otro, los ciudadanos comunes y corrientes aglutinados en el destacamento social que constituyen las audiencias.

Más recientemente, Thompson (1996) en su crítica al estudio de Habermas, alerta hacia el aferramiento a una concepción esencialmente dialógica del espacio público (*publicness*)¹ que interprete la irrupción de la comunicación mediática como una fatalidad. Por el contrario, el autor convoca a reconocer el surgimiento de un nuevo espacio público (*publicness*) sustancialmente diferente con el modelo tradicional.

Con el desarrollo de los medios de comunicación, el fenómeno de la publicidad [*publicnnes*] se ha desvinculado del hecho de la participación en un espacio común. Se ha *des-espacializado* y ha devenido *no-dialógica*, a la vez que se ha vinculado crecientemente a la clase específica de visibilidad producida por los medios de comunicación (especialmente la televisión) **y factible a través de ellos** (Thompson, 1996: 95). (negritas mías)

Desde una posición mucho más radical sobre la centralidad del papel de los medios en los procesos políticos, Giovanni Sartori, célebre estudioso de los sistemas políticos, acuñó a finales de los ochenta, el concepto de "videopolítica" para designar la centralidad de la televisión en los procesos políticos, especialmente los electorales (Sartori, 1992). El concepto sintetiza en forma afortunada los resultados obtenidos en una larga (mas de cincuenta años) tradición de estudios sobre la interacción entre los procesos electorales y la comunicación, desarrollada fundamentalmente por la sociología empírica norteamericana. La televisión, dice el autor, ha determinado la esfera política no solo en el hecho de

¹ Tanto *publicness*, como antiguamente *publicity*, podrían traducirse algo así como "vida social pública", como la esfera comunicativamente estructurada de lo público.

que las contiendas electorales tienen su principal escenario en las pantallas televisivas, sino que más aun, las características ESPECÍFICAS del medio ha terminado por imponerse en el diseño de las estrategias de comunicación de las organizaciones políticas, no solamente en la definición de sus actividades de campaña y el contenido de sus discursos, sino también en la definición del candidato. La expresión más obvia de esta transformación la encontramos en la sustitución de las formas tradicionales de propaganda, saturadas de ideología, por la aplicación puntual de las fórmulas mercadotécnicas. Parafraseando el título de un libro de Eulalio Ferrer, diría que hemos pasado "de la lucha de clases a la lucha de frases y de la lucha de frases a la lucha de perfiles" (Ferrer, 1992). El mejor candidato es el de mejor imagen telegénica.

Menos afortunada resulta -lo digo aquí de paso- su enconada predisposición hacia lo que denomina cultura de la imagen, que a su juicio se cierne peligrosamente sobre la cultura escrita, amenazando con sustituir al "homo sapiens" constructor de abstracciones, por el "homo videns" perceptor de imágenes. Evidentemente la preeminencia de la cultura visual provocará mutaciones sustanciales en la percepción humana y sus formas de racionalidad. Pero esto es aun un campo inexplorado. Frente a ello, en lugar de asumir el desafío que tal situación representa, Sartori se escuda en el conservadurismo y reivindica la hegemonía del conocimiento abstracto sobre cualquier otro (Sartori, 1998).

En resumen, una diferencia sustancial entre el antiguo espacio público (los salones de lectura, las cafeterías, los clubes, la plaza pública) con el nuevo (los medios masivos) radica en la institucionalización de los últimos en organismos con intereses específicos (ya gubernamentales, ya mercantiles) susceptibles de control y manipulación. El ejercicio de este control -sustancia del poder mediático- y la determinación selectiva de sus contenidos programáticos incide de una forma fundamental en la construcción del espacio público mediático. Los medios establecen la agenda de lo socialmente relevante al seleccionar entre los acontecimientos aquellos que merecen destacarse. Selección surgida desde su particular óptica, mediante la cual determinan cuáles deben incluirse y cuáles deben ser excluidos.

En esta construcción resulta crucial la actividad desarrollada al amparo de la función informativa de los medios (particularmente

los programas noticiosos). Es pues en este contexto, a partir del reconocimiento de la centralidad de los medios informativos en la configuración del espacio público, en el que ubico mi reflexión sobre el papel de los medios masivos en la conformación de la cultura política.

La noción de cultura política en la perspectiva clásica²

Aunque la noción de "cultura política" hunde sus raíces en un remoto pasado, su definición contemporánea aparece en el campo de las ciencias sociales vinculada al estudio comparativo de varios sistemas políticos, realizado por Gabriel Almond y Sidney Verba en las postrimerías de la década de los cincuenta y publicado en 1963.³

Elemento central del cuerpo conceptual en la propuesta teórica de los estudios de política comparada, la cultura política, planteó desde el principio el problema de su definición. Efectivamente, el concepto ha recibido diversas formulaciones, que si bien expresan elementos comunes, también establecen algunas diferencias entre ellas.

Entre los mismos fundadores, se aprecian diversas elaboraciones. En su estudio clásico Almond y Verba adelantaban esta definición:

...en la cultura política de una sociedad se internaliza el sistema político en los conocimientos, sentimientos y evaluaciones de su población. La cultura política de una nación es la distribución particular de patrones de orientación hacia los objetos políticos entre lo miembros de dicha nación. (Almond y Verba, 1980)⁴

² Por la importancia que reviste este apartado en el conjunto de la exposición, reproduciremos en extenso algunas citas, esperando que no resultan tediosas para el lector, sino que por el contrario le permitan una mejor comprensión.

³ Una minuciosa descripción del tránsito del concepto de cultura política a través del campo intelectual se encuentra en Gabriel Almond, "The intellectual history of the civic culture concept" en THE CIVIC CULTURE REVISITED, Almond y Verba (eds), Little Brown, Canada, 1980.

⁴ Gabriel Almond y Sidney Verba, THE CIVIC CULTURE, Boston, Little Brown,

El énfasis otorgado al componente psicológico en la configuración de la cultura política, expresa una característica distintiva de este tipo de estudios. El proceso de internalización supone la capacidad del individuo para percibir su entorno, aunque sujeta a la información que el mismo entorno provee.

Insistiendo en la dimensión subjetiva del concepto, pero desplazando el énfasis desde la percepción del entorno, hacia los patrones de actitud y orientación, Almond y Powell, en un escrito publicado en 1966, reformulan en forma más precisa su definición. Escriben

La cultura política es el patrón de actitudes individuales y de orientación con respecto a la política para los miembros de un sistema político. Es el aspecto subjetivo que subyace en la acción política y le otorga significado. Tales orientaciones individuales incluyen diversos componentes: a) **orientaciones cognitivas**, conocimiento preciso -o no- de los objetos políticos y de las creencias; b) **orientaciones afectivas**, sentimientos de apego, compromiso, rechazo y otros similares respecto de los objetos políticos; y c) **orientaciones evaluativas**, juicios y opiniones sobre los aspectos políticos que, por lo general, suponen la aplicación de determinados criterios de evaluación a los objetos y acontecimientos políticos. (Almond y Powell, 1972)

Empero, esta nueva propuesta, aún cuando amplía y clarifica su formulación inicial, no escapa de una serie de señalamientos críticos, que se derivan del énfasis que otorga a la dimensión subjetiva. En efecto, se aprecia la acentuación de la dimensión individual del sujeto por sobre su consideración como elemento integrante de un grupo social. Por otra parte, desvincula la relación que existe en la conformación de la cultura política entre la percepción subjetiva y el desenvolvimiento de los procesos sociales. Finalmente, no toma en cuenta la dimensión histórica de la acción individual.

En un intento por superar tales limitaciones, Lucien W. Pye reformula el concepto, al cual dota de su definición mas acabada. Escribe Pye

Podemos definir la cultura política como el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y las normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político. La cultura política abarca, a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política. La cultura política es, por tanto, la manifestación en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política. Una cultura política es, a la vez, el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las biografías de los miembros de dicho sistema, debido a lo cual sus raíces hay que buscarlas tanto en los acontecimientos públicos como en las experiencias individuales. (Pye, 1974: 323)

En su formulación, además de insistir en que las actitudes y el aspecto afectivo, junto con las creencias son fundamentales en la conformación de la cultura política, el autor destaca el papel que juega el proceso político, así como las determinaciones históricas.

Desde la perspectiva de sus creadores, este campo de estudio representaba una aportación significativa, tanto a nivel teórico como metodológico en el estudio de los fenómenos políticos. En el plano teórico, Pye lo reconocía como un esfuerzo por superar la brecha en el seno de la concepción behaviorista entre el microanálisis (interpretación psicológica del comportamiento político de los individuos) y los análisis macro basados en la sociología política, para el autor, el estudio de la cultura política

constituye un intento de integrar la psicología y la sociología, con el fin de poder aplicar al análisis político dinámico tanto los hallazgos revolucionarios de la moderna psicología profunda, como los recientes progresos de las técnicas sociológicas para la medición de actitudes en las sociedades de masas. (Ibid.)

En el plano metodológico, Almond y Powell, puntualizan el sustento empírico de la noción de cultura política y describen los instrumentos adecuados para su indagación.

La cultura política -afirman- no es una categoría de explicación residual; comprende un conjunto de

fenómenos que pueden ser identificados y, hasta cierto punto, medidos. La opinión pública y las encuestas de actitud son los instrumentos básicos para determinar y medir tales fenómenos en los grupos grandes. Las entrevistas profundas y las técnicas psicológicas proporcionan datos sobre casos individuales. Las declaraciones públicas, discursos y escritos, los mitos y leyendas pueden también ofrecer algunas pautas acerca de las características de los patrones de cultura política. Finalmente, la conducta de los individuos suministra indicios importantes con respecto al tipo de orientaciones con que está asociada. (Almond y Powell, 1975: 51)

Un elemento que no puede dejarse fuera al hablar sobre la noción de cultura política, es el que se refiere a la configuración de la misma.

Los autores (Almond, Verba, Pye) coinciden en señalar al proceso de socialización como el factor mediante el cual los individuos adquieren su cultura política. Pye distingue un doble estadio en este proceso. El primero que "implica el ingreso a la cultura general", y el segundo que es propiamente la socialización por la que se acceda de manera "mas concreta y explícita a la vida política".

En relación al concepto de "socialización política" resulta útil traer a colación la definición que proporciona Charles Atkin, a la cual describe como "el proceso de desarrollo por el cual los niños y los adolescentes adquieren conocimientos, actitudes, valores y patrones de participación relacionados con su entorno político". (Taquín, 1981)

Almond por su parte señala que "la socialización política es el proceso por el cual las culturas políticas se mantienen y cambian". Advierte que dicho proceso abarca toda la vida del individuo y precisa que existen dos formas -manifiesta o latente- mediante las cuales se le puede adquirir. La forma manifiesta consiste en "la comunicación explícita de información, valores y sentimientos sobre los objetos políticos". Por otro lado, la forma latente "implica la transmisión de actitudes no políticas que afectan las actitudes hacia roles y objetos análogos existentes en el sistema político". (Almond y Powell, 1975: 62-63)

Esta socialización se realiza mediante la intervención de diversos "agentes socializadores" entre los que figuran instituciones tales como la familia, la escuela, los grupos sociales, los lugares de trabajo, los partidos políticos y los medios masivos de comunicación.

En rigor, apunta Rafael Segovia, existe "una especie de causación circular entre proceso de socialización, cultura política y sistema político". (Segovia, 1975: 122).

La perspectiva de los revisionistas

El trabajo realizado por Almond y Verba suscitaría a partir de 1968 una creciente producción de estudios, que de una u otra manera incidían en el campo recientemente develado por los pioneros.

Un rasgo común de estas investigaciones es el hecho de que fueron realizadas por académicos norteamericanos. A excepción del estudio realizado por Rafael Segovia, y algunos escritos menores que se realizaron a su sombra, la indagación sobre la cultura política del mexicano en la década de los sesenta y setenta, estuvo a cargo de los norteamericanos.

En estos estudios. la noción de cultura política acuso modificaciones en algunos casos. Concretamente, en su revisión sobre este tipo de estudios en México, Craig y Cornelius, se ven precisados a especificar su definición de trabajo (working definition) de cultura política. Escriben:

Nosotros consideraremos la cultura política de un grupo al conjunto de conocimientos, percepciones, evaluaciones, actitudes y comportamientos predispuestos, a través de los cuales los miembros individuales y/o los subgrupos ordenan e interpretan los procesos y las instituciones políticas, y entran en relación con tales instituciones y procesos. Debe notarse que esta definición abarca los componentes de conocimiento y comportamiento de la cultura política, tanto como las dimensiones valorativas y actitudinales, que son las mas frecuentemente estudiadas. (Craig y Cornelius, 1980: 340)

Los estudios de cultura política y los científicos sociales mexicanos: entre el recelo y la descalificación

A pesar de que México era uno de los países estudiados en el estudio pionero de Almond y Verba, publicado en 1963, y de que se convertiría en blanco de las investigaciones de diversos politólogos en los años subsecuentes, el tema de la cultura política se aprecia lejano a los intereses de los científicos sociales mexicanos.

Una de las razones fundamentales de esta indiferencia se encuentra en la creciente desconfianza, que los sociólogos y antropólogos manifestaban hacia la perspectiva funcionalista norteamericana. Ya a mediados de los sesenta, González Casanova criticaba a la "vieja sociología" positivista-funcionalista-empiricista, a la que describía como:

una sociología que se niega a la síntesis... que cae con frecuencia en la retórica de las pruebas estadísticas y las correlaciones, que hace énfasis en la psicología y el comportamiento y descuida la estructura; que se niega al razonamiento político y se convierte en instrumento político de los intereses creados. (citado por Sefchovich, 1989)

Esta postura que se apuntaba en los sesenta, se radicalizaría en los años setenta. La influencia que el pensamiento marxista alcanzó en el enfoque de los problemas sociales se expresaría, en la tendencia a privilegiar el análisis clasista y el papel del proceso productivo como elementos determinantes en la vida social.⁵ La acción política y los fenómenos culturales se convertían en manifestaciones "superestructurales" de una formación social "históricamente determinada" por las relaciones de producción existentes en su seno. En este contexto, los estudios que insistían sobre la especificidad de lo cultural eran bautizados como "culturalistas" y condenados al ostracismo en el concierto de los científicos sociales. (Krotz, 1984)

⁵ Un ejemplo de esta irrupción lo tenemos en la diseminación del célebre (tristemente) manual de Martha Harnecker, LOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES DEL MATERIALISMO HISTORICO, que se convirtió en libro de texto, en la mayoría de programas académicos de formación de científicos sociales.

No es casual por tanto, que los productos provenientes de la sociología empírica norteamericana obtuviesen una fría, por decir lo menos, acogida por parte de los estudiosos mexicanos. En rigor, la postura oscilaba entre la indiferencia ostensible y la descalificación contundente. La casi inexistencia de investigaciones realizadas por científicos mexicanos, en el marco de esta propuesta⁶ indica la profundidad del abismo que separaba ambas perspectivas.

Uno de los documentos que expresan con meridiana claridad las críticas que el sector académico del país realizaba sobre los estudios de cultura política elaborados por los colegas norteamericanos, es el artículo de Andrés Fábregas publicado en 1977. En rigor, más que el concepto de "cultura política" el autor endereza su crítica hacia la perspectiva teórica que la sustenta. Así, la propuesta de Almond y Verba sobre el estudio del desarrollo democrático mediante el análisis comparativo entre diversos sistemas políticos, se convierte en el centro de su crítica.

Uno de los aspectos que Fábregas destaca en su crítica, es el enfoque de la teoría general de sistemas, sobre la cual Almond y Verba sustentan su propuesta teórica. Enfoque sistémico, que por otra parte, reconoce una deuda intelectual en Parsons y Weber. El énfasis de la crítica de Fábregas estriba en la concepción de "sistema político" que construyen los autores y cuyas características suponen como universales, aunque se expresen, en los diversos sistemas con un "grado relativamente alto de diferenciación estructural... en donde cada estructura tiende a cumplir un papel regulativo para una función dentro del sistema político total" (Fábregas, 1977: 119).

En relación a la noción de cultura política, concepto por demás central en los estudios de política comparada, elaborada por Almond, Fábregas apunta:

}

...Los elementos del conductismo pragmático parsoniano, aparecen en el planteamiento de Almond cuando éste afirma que la socialización política es el proceso de inducción dentro de la "cultura política". Su producto final es una serie de

⁶ La excepción mas notable la constituye el estudio de Rafael Segovia sobre la politización del niño mexicano, único en su género y convertido actualmente en un clásico.

"actitudes-cogniciones", "valores-estandars", y "sentimientos" hacia el sistema político, sus varios papeles y los incumbentes de esos papeles". (ibid)

A continuación Fábregas culmina afirmando que:

El remate de todo este confuso edificio conceptual de Almond es el reconocimiento de que la "teoría funcional de la política" que propone, especifica los elementos políticos que pueden ser sujetos a formulaciones estadísticas y aún matemáticas. (Ibid: 120)

Para Fábregas, las debilidades sustanciales de la propuesta de Almond y Verba, se encuentran en la concepción funcional del sistema social, la relevancia que otorgan a la dimensión psicológica en el comportamiento de los individuos y el uso de instrumentos de medición como soporte metodológico en sus investigaciones. Pero sobre todo, su crítica principal apunta a la manera en que la politología norteamericana diluye la acción política, la "conciencia", en la personalidad.

Citando a Scott (1969), que afirma que las diversas manifestaciones de la personalidad se traducen en "subculturas políticas", cuya interacción impacta la modernización del país, Fábregas acusa a "la sociología funcionalista, y su epígono, la politología" de eludir el planteamiento de clase al reducir el problema a una manifestación puramente cultural, que además, no tiene relación ninguna con el proceso productivo, sino con la unificación de actitudes personales ante el problema de modernizar el país. (Scott, 1969: 129)

Empero, lo crucial para el autor no es tanto la debilidad teórica de la politología norteamericana. Lo peligroso estriba en las consecuencias políticas que este tipo de estudios, cuyos planteamientos deben considerarse **ideológicos**, entrañan. Entre otros, la justificación de las "elites políticas", como las mejor dotadas para la realización de las funciones que las estructuras de cualquier sistema político demandan.

Así, a juicio del autor, que en su momento expresaba el sentir del grueso de los científicos sociales mexicanos, las contribuciones de

los teóricos de la política comparada, denominada peyorativamente "politología funcionalista", constituían "la mas estéril exportación intelectual de la ciencia social norteamericana".

Paradójicamente, como el tiempo lo haría visible, la contundente descalificación de los estudios sobre cultura política como expresión de una ideología defensora del statu quo, provenía de una perspectiva, cargada también, de ideología.

La noción de cultura política en los científicos sociales mexicanos

La perspectiva historicista

A finales de los sesenta, en su célebre estudio, González Casanova afirmaba que una gran parte de México -que abarcaba del 50 al 70% de su población- continuaba desorganizada y calmada.

El apoliticismo inundaba los diversos sectores de la sociedad mexicana. Los partidos políticos actuaban como instancias electorales, movilizando y manipulando a la ciudadanía, la cual se acercaba a ellos

en una escala de pasividad cuyos niveles mas bajos se encuentran en las regiones agrícolas mas atrasadas del país, donde florece como en todos los países subdesarrollados, el hombre que no tiene la **weltanschauung**, la visión y la cultura política del ciudadano. (González Casanova, 1971: 148)

Esta visión en el contexto de una sociedad predominantemente rural, perfilaba al mexicano como un sujeto carente de cultura política ciudadana.

La explosión del 68 y la irrupción de la lucha guerrillera en el primer lustro de los setenta, significaron para el Estado mexicano, una llamada urgente de atención al marco de las relaciones políticas que existían. La cerrazón del espacio político mexicano y su evidente desgaste se hizo patente en las desairadas elecciones presidenciales de 1976, cuando el candidato del partido oficial, sin contrincante al frente, recorrió solitario, en una campaña colmada de dispendio, el territorio nacional. La reforma política instrumentada en su sexenio buscaba sobre todo, resarcir la legitimidad de un Estado que se erosionaba paulatinamente.

Con la reforma, pero también merced a las devastadoras repercusiones que la gestión echeverrista y lopezportillista, bautizada por la sabiduría popular como la "docena trágica", provocaron que en los albores de la década de los ochenta, se manifestara en el seno de la sociedad mexicana, particularmente en sectores cuyo apoliticismo era tradicional,⁷ una creciente actitud hacia una mayor participación en los asuntos políticos del país.

No es casual, entonces, que esta nueva coyuntura pusiera en la agenda de los temas de interés entre los estudiosos de los fenómenos sociales, la cuestión de la cultura política.

Uno de los primeros escritos en donde se aborda explícitamente el tema, publicado inicialmente en 1981,⁸ fué elaborado por el mismo González Casanova. En éste, el autor expone a profundidad, la noción de cultura política que había quedado a nivel de apunte, en su clásico libro. Afirma:

El surgimiento y la estructuración concreta de la cultura política mexicana, implican una historia de luchas que preceden o suceden al desarrollo del capitalismo, al derrocamiento de las antiguas oligarquías de origen colonial y a su recomposición o asociación a las nuevas burguesías dominantes. (González Casanova, 1988: 63)

Un elemento distintivo en la noción que el autor presenta de cultura política, es su señalamiento de que se trata de un producto histórico. Toda expresión política, sea a través del lenguaje o de los comportamientos, se encuentra enraizada en las determinaciones históricas de la sociedad mexicana. Así la "cultura de la crítica", la "cultura de la vejación", la "cultura del poder", la "cultura de la consustanciación", la "cultura de la tolerancia", la "cultura de la

⁷ Se destaca en forma especial la reacción del empresariado, en particular el vinculado a la COPARMEX y la actividad desarrollada por su entonces presidente, Manuel J. Clouthier.

⁸ Pablo González Casanova, "La cultura política en México" en NEXOS No. 45, septiembre 1981. Una versión corregida, que es la que utilizaremos aquí se encuentra en el libro del mismo autor EL ESTADO Y LOS PARTIDOS POLITICOS EN MEXICO, ERA, 1988, México.

concesión", etc., manifestaciones todas ellas de la "cultura política mexicana" se nutren de las experiencias históricas del pueblo mexicano.

La cultura política mexicana expresa ante todo a un pueblo orgullosos y mutilado. Combina la cultura del poder con la simpatía ideológica y la tolerancia formal y real: mezcla la concesión y el consumo, la legalidad y la soberanía, con estructuras de trampa, corrupción, componenda y represión, a las que se añaden las viejas y nuevas estructuras de marginación, explotación, hambreamiento, morbilidad, desvivienda, y las viejas y nuevas artes de manipulación de la información, silenciamiento o entorpecimiento de la expresión, y desestructuración o cantinflismo teórico e ideológico. (Ibid: 76)

Queda claro, que para González Casanova, la noción de cultura política tiene un carácter omnicomprensivo y totalizador. Su insistencia en la historia apunta hacia una valorización de la dimensión profunda de los comportamientos políticos.

Esta noción ha encontrado no pocos simpatizantes entre los científicos sociales mexicanos. En un texto más reciente, Luis F. Aguilar Villanueva expresa:

No es impropio calificar de "historicista" a nuestra cultura política, por su generalizada propensión a legitimar la organización sociopolítica de México en los hechos originantes de protagonistas fundadores y en el sentido colectivo que tales hechos creadores de la nación encierran, expresan y realizan. (Aguilar Villanueva, 1989: 139)

Ecos de la perspectiva clásica

El camino abierto por Almond y Verba, se enfrentó, por las razones expuestas anteriormente, a una indiferencia casi absoluta entre los científicos sociales mexicanos. Su propuesta teórica transitó en los espacios de la investigación social, sin provocar un eco, sin desencadenar un movimiento de seguidores o replicantes.

La excepción la constituyó el estudio de Rafael Segovia sobre la politización del niño mexicano, realizado en 1975. Motivado por la crisis política de 1968, el autor analiza el proceso de socialización

política entre los escolares mexicanos, seleccionados entre el quinto de primaria y el tercero de secundaria.

En términos generales, Segovia asume los planteamientos de Almond y Verba referentes a la noción de cultura política. Su estudio se enfoca básicamente a la conformación de dicha cultura mediante la socialización.

Desde su aparición, aunque se le reconoció el mérito de representar un trabajo pionero, tampoco despertó entre los estudiosos mexicanos, la inquietud por realizar esfuerzos similares. En rigor, los escasísimos productos que se publicaron sobre el mismo tema, en los años subsecuentes, fueron realizados a la sombra de su estudio.

Entre estos trabajos se encuentra el ensayo de Mariclaire Acosta (1976), que utilizando los datos de Segovia, analiza el papel de la comunicación colectiva como agente del proceso de socialización política. El otro ensayo, realizado por Esteban Krotz (1981), en su primera parte, se limita a reproducir los datos a su juicio más relevantes, que sobre la socialización política de los niños campesinos proporcionaba el estudio de Segovia.

Cultura política y medios de comunicación

Aunque ya desde su estudio clásico sobre política comparada, publicado en la década de los sesenta, Almond y Verba (1963) afirmaban que los medios de comunicación constituían uno de los agentes de socialización que desempeñaban un papel importante en la conformación de la cultura política, a partir de la década de los setenta, el papel de los medios masivos de comunicación ha sido considerado, en forma cada más reiterada, como el agente de socialización de mayor relevancia en lo que a conformación de conocimientos y comportamientos políticos se refiere (Atkin, 1981).

Efectivamente los estudiosos de la cultura política consideraban a la comunicación como **la condición necesaria** para el ejercicio de las funciones políticas, llegando a plantear que el análisis de los sistemas de comunicación vigentes en una sociedad determinada permitiría su caracterización en alguno de los sistemas políticos contemporáneos: totalitario, parroquial o súbdito y democrático.

Empero, a pesar de este reconocimiento, el estudio sobre el impacto de los medios en la conformación de la cultura política en México, es sumamente limitado y escueto.

En una extensa revisión bibliográfica en diversos centros de documentación especializados en estudios sobre la comunicación, quien esto escribe encontró solamente un puñado de estudios que abordan esta problemática.

Un estudio pionero en este campo fue el realizado por Mariclaire Acosta en 1976. En su estudio dirigido a analizar el efecto de los medios masivos en la socialización política de los niños campesinos la autora, acorde a las teorías todavía dominantes en esos años,⁹ enfatiza la "acción reforzadora de los medios de comunicación" en el aprendizaje político de los infantes. Sin embargo, no deja de resultar sorprendente su conclusión en el sentido de que —contrariamente a lo que se sostiene hoy día— la prensa escrita tenía una mayor influencia que la televisión, demostrando ser un agente socializador "más efectivo".

Desde otra perspectiva, atendiendo a la dimensión comunicativa del discurso gubernamental como expresión de la cultura política, Gilberto Giménez, delimita la noción de cultura política, a partir de una amplia definición de **cultura**, a la que concibe como "el conjunto de hechos simbólicos presentes en una determinada sociedad". En este sentido

... la **cultura política** implicaría una especificación instancial... de la simbólica social, es decir, su reducción a la escala de la instancia política, y si admitimos que la instancia política se relaciona con la gestión del poder... entonces la cultura política tiene que ver con la simbólica que envuelve y da sentido a la gestión del poder (o a la oposición de la misma).
Giménez, 1987: 4-5)

Siguiendo a Foucault, el autor define al poder político como "una relación de fuerzas entre un polo dominante e innumerables puntos de resistencia", lo que provoca que la cultura política se exprese en forma de **simbolismo dominante** y **simbolismo dominado**, lo que

⁹ La función de "refuerzo" sostenida por Kappler, y la teoría de "efectos limitados" instituida por Lazarsfeld.

da lugar "a una compleja relación de fuerzas simbólica... no mecánicamente simétrica a la relación de clases".

En su ensayo, Giménez aborda un sector del simbolismo dominante: el discurso gubernamental, específicamente el Informe de Gobierno, que anualmente presenta ante las Cámaras legislativas el presidente en turno.

Para el autor, el discurso gubernamental es el que establece las reglas de juego del debate político, su función ideológica consiste en la de legitimar su gestión administrativa frente a los ciudadanos. Este discurso presupone la existencia de "una cultura política de tipo democrático burgués dominada por la **ideología de la representación**". Esto es la creencia de que el ejercicio del poder público, se realiza como "delegación" del pueblo en el cual reside la soberanía.

Giménez destaca la paradoja, que en su concepto reviste el Informe de Gobierno en México. Por una parte, alude a la "pretensión laica y racionalista en cuanto a su contenido" que busca el convencimiento del auditorio mediante el uso de razonamientos y argumentaciones. Por la otra, señala la "extrema ritualización o ceremonialización del discurso", la cual reviste de una aureola de autoridad cuasi mítica, a quien lo emite. En este evento, la institución del "presidencialismo" asume su expresión más acabada.

Por su parte, desde la óptica del papel de los medios como integrantes de lo que denomina como "educación informal" Sánchez Ruiz (1996) indaga sobre el papel de la televisión como agente de socialización política en los escolares tapatíos.

En un artículo más reciente, el mismo autor insiste en el papel de la televisión como agente de socialización política, destacando la función de entretenimiento sobre la informativa y educativa, escribe: "la contribución de los medios de difusión masiva, en la medida en que tiene lugar básicamente a través de su operación de **entretenimiento**, es principal pero no únicamente, en términos de procesos de 'educación informal', o de 'aprendizaje incidental'" (Sánchez Ruiz: 2000). De acuerdo con esto, sugiere que el impacto de los medios en la conformación de la cultura política se realiza a largo plazo, por lo que propone para su observación la perspectiva teórica del "cultivo" impulsada por Gerbner.

Finalmente, entre los escasos estudios sobre la relación entre medios y cultura política, destaca la crítica hacia los trabajos de Asa Berger, quizá el autor que en forma más acabada ha abordado explícitamente esta relación (Calles, 1999). En este trabajo además de reconocer el aporte de Berger en el sentido de su redefinición del concepto de cultura política como constructor social y enderezar su crítica a las limitaciones metodológicas y teóricas del autor, Calles propone una sugerente forma de abordaje en el estudio del fenómeno a partir de lo que denomina el alfabetismo crítico de los medios.

Reflexiones finales

La ausencia de estudios relativos a la cultura política y específicamente al papel de los medios de comunicación en su conformación contrasta con la presencia y la relevante participación de los medios en la esfera pública contemporánea.

Ciertamente que ante la evidente globalización las concepciones tradicionales sugeridas por los fundadores de esta disciplina (localista, súbdito, etc.) se antojan hartamente limitadas en tiempos que la democracia ha trascendido las fronteras nacionales y se ha convertido en un problema planetario.

Sin embargo existen elementos suficientes para pensar que sin constituirse en una determinación totalitaria, los medios masivos de comunicación han hegemonizado el proceso de socialización política, y la cultura política adquiere cada vez más el perfil de una cultura política mediática.

Bibliografía

- ACOSTA, Mariclaire. 1976. "Comunicación colectiva y socialización política: estudio comparativo del campo y la ciudad" en ESTUDIOS POLITICOS No. 5, UNAM, enero-marzo.
- AGUILAR VILLANUEVA, Luis.F. 1989. "Rasgos de la vida pública mexicana" en SOCIOLOGICA, Año 4, No. 11, septiembre-diciembre. pag. 139
- ALMOND Gabriel y Sidney Verba. 1980. THE CIVIC CULTURE, Boston, Little Brown, Canada.
- ALMOND Gabriel y G.B. Powell. 1972. POLITICA COMPARADA, Paidós, Buenos Aires.
- ATKIN Charles. 1981. "Communication and political socialization" en HANDBOOK OF POLITICAL COMMUNICATION, Dan Nimmo y K. Sanders (eds), SAGE Publications, Beverly Hills and London.
- CALLES, Jorge. 1999. "Recepción, cultura política y democracia" en COMUNICACION Y SOCIEDAD No. 36, Universidad de Guadalajara, julio-diciembre.
- CRAIG Craig y Wayne Cornelius. 1980. "Political culture in Mexico: continuities and revisionist interpretations" en THE CIVIC CULTURE REVISITED, Little Brown, Canada.
- FABREGAS, Andrés. 1977. "Una crítica a los planteamientos de la politología norteamericana sobre el caso mexicano" en REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE CHIAPAS, Vol. 1, No. 3, Enero.
- FERRER, Eulalio. 1992. DE LA LUCHA DE CLASES A LA LUCHA DE FRASES. De la propaganda a la publicidad. El País/Aguilar, Madrid.
- GIMÉNEZ, Gilberto. 1987. "Cultura política y discurso en México" en DIALOGOS de la Comunicación No. 18, FELAFACS, Perú, octubre.
- GONZÁLEZ CASANOVA Pablo. 1971. LA DEMOCRACIA EN MEXICO, ERA, México.

GONZÁLEZ CASANOVA Pablo. 1981."La cultura política en México" en NEXOS No. 45, septiembre.

GONZÁLEZ CASANOVA Pablo. 1988."La cultura política en México" en EL ESTADO Y LOS PARTIDOS POLITICOS EN MEXICO, ERA, México.

HABERMAS, Jürgen. 1981. HISTORIA Y CRITICA DE LA OPINION PUBLICA. La transformación estructural de la vida pública. Gustavo Gilli, Barcelona.

KROTZ, Esteban. 1981. "La politización del niño campesino en México. Notas sobre el libro "La politización del niño mexicano" y el estudio de la cultura política en el campo" en RELACIONES, Vol. II, No. 8, El Colegio de Michoacán, otoño.

KROTZ, Esteban. 1984. "Cultura y análisis político" en NUEVA ANTROPOLOGIA, Vol. VI, No. 23, Marzo.

LUHMANN, Niklas y Rafaelle De Georgi. 1993. TEORIA DE LA SOCIEDAD, Universidad de Guadalajara/UIA/ITESO, México.

PYE, Lucien W. 1974. "Cultura Política", en ENCICLOPEDIA INTERNACIONAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES, David Sills (comp), Aguilar, Madrid.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. 1996. "Cultura política y medios de difusión: educación informal y socialización" en EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO. Perspectivas disciplinarias y actores políticos" Esteban Krost (coord.), CNCA-CIESAS, México.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. 2000. "Televisión, cultura política, autoritarismo y violencia. La formación ciudadana de todos los días" en RAZÓN Y PALABRA Num.17, Revista electrónica de comunicación, febrero-abril

SARTORI, Giovanni. 1992. "Videopoder" en ELEMENTOS DE TEORIA POLITICA, Alianza Universidad Textos, Madrid.

SARTORI, Giovanni.1998. HOMO VIDENS. La sociedad teledirigida, Editorial Taurus, México.

SCOTT, Robert E. 1969. "Mexico: the established revolution", en Lucian W. Pye and Sidney Verba (eds), POLITICAL CULTURE AND POLITICAL DEVELOPMENT, Princenton University Press, New Jersey.

SEFCHOVICH, Sara. 1989. "Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología" en REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA, Año LI, No. 1, IIS/UNAM, Enero-marzo.

SEGOVIA, Rafael. 1975. LA POLITIZACION DEL NIÑO MEXICANO, El Colegio de México, México.

THOMPSON, John. 1996. "La teoría de la esfera pública" en VOCES Y CULTURAS, Num. 10, II Semestre, Barcelona.